

9° ENCUENTRO
DE DOCENTES E INVESTIGADORES DE HISTORIA
DE LA ARQUITECTURA, EL DISEÑO Y LA CIUDAD

"Jorge Ramos de Dios"

17, 18 y 19 de agosto de 2022
Buenos Aires, Argentina.



ISSN: 2408-3836

Sección temática: ST1-Enseñanza de la historia, teoría y crítica de la arquitectura, el diseño y la ciudad.

Título: Historia de la enseñanza de Historia de la Arquitectura en la Universidad de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XX

Autora: Ana Cravino

Materia / Cátedra: Maestría en Historia y Crítica de la Arquitectura, el Diseño y el Urbanismo (MAHCADU-CEHCADU).

Institución: FADU-UBA

Correo electrónico: cravino.ana@gmail.com

Resumen

La Historia como disciplina curricular se introduce a nivel mundial en la enseñanza primaria y secundaria recién en el siglo XIX, concomitantemente con las necesidades de los estados que intentan definirse a sí mismos. En Argentina, la escuela pública, obligatoria, laica y gratuita fue uno de los principales actores en pos de la construcción de una identidad nacional. En este sentido la difusión de la Historia tiene un impulso fundamental a partir de figuras que expresan una obvia intencionalidad política como Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López pero que también incluyen cuestiones metodológicas.

Durante la gestión de Juan María Gutiérrez como rector de la Universidad de Buenos Aires se instituyó en 1865 el Departamento de Ciencias Exactas. El primer plan de estudios dividía los estudios en: Matemáticas Puras, Matemáticas Aplicadas, e Historia Natural. El título de arquitecto que se otorgaba a partir de 1877 correspondía a un título

intermedio de la carrera de Ingeniería civil aunque en la mayoría de los casos era una certificación de estudios realizados en el exterior.

En 1881 se nacionaliza la Universidad de Buenos Aires y por decreto fue fundada la Facultad de Ciencias Físico Matemáticas que en 1891 cambia su nombre por el de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Hasta la creación de la Escuela de Arquitectura en 1901, en la formación de los arquitectos no existía “Historia” como asignatura, dado que la carrera era hasta ese entonces un título intermedio. A lo sumo, en el primer curso de la materia “Arquitectura”, que cursaban tanto ingenieros como arquitectos, a cargo de Joaquín Belgrano, se incluye, en 1896 entre sus contenidos unas bolillas de Historia de la arquitectura y algo de Teoría.

Sólo es hasta 1901, cuando se intenta un giro *Beaux Arts*, es que “Historia” aparece específicamente en el plan de estudios. El profesor a cargo de la materia es el Ing. Arq. Pablo Hary, quien se desempeñará “ad honorem” durante cuatro años.

Sabemos que los planes de estudio de la carrera de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires se han modificado al ritmo de los vaivenes políticos, las transformaciones disciplinares, las novedades pedagógicas, las modas, las personas, etc. Muchos de estos cambios han sido superficiales, otros más profundos.

Es objeto de este trabajo dar cuenta cómo se constituyó la asignatura “Historia” en las primeras décadas del siglo veinte en la carrera de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires.

Analizar los programas de las asignaturas, las temáticas desarrolladas -y las excluidas-, los marcos teóricos, la correspondencia o confrontación con los modelos legitimados por las revistas tanto nacionales como extranjeras, la perduración de ciertas prácticas, las tradiciones y las rupturas, nos han permitido entender cómo se construye una asignatura dentro de un plan de estudio.

Palabras clave: historia de la enseñanza, historia de arquitectura, asignatura, disciplina

1. Introducción

La Historia como disciplina curricular se introduce a nivel mundial en la enseñanza primaria y secundaria recién en el siglo XIX, concomitantemente con las necesidades de un estado-nación que intenta definirse a sí mismo. En Argentina la escuela pública, obligatoria, laica y gratuita fue uno de los principales actores en pos de la construcción de una identidad nacional. En este sentido la difusión de la Historia tiene un impulso fundamental a partir de figuras que expresan una obvia intencionalidad política como Bartolomé Mitre¹ y Vicente Fidel López² pero que también debaten cuestiones metodológicas. Hacia 1852 en los estudios preparatorios para la enseñanza universitaria, sin carácter obligatorio y sin asignación docente, se establecieron “*las siguientes cátedras: Literatura antigua, Literatura española y patria (sic), Historia antigua y de la edad media, Historia moderna y contemporánea, Griego, Alemán, Gramática castellana, Geografía y Dibujo*”. (UBA, 1888a, p. 126). Vale destacar que respecto a la enseñanza en 1865 se afirmaba que “*durante algún tiempo, los cursos de Historia solo comprendían la Antigua*” (UBA, 1888a, p. 132). En 1868 Rafael Block dictó en la Universidad de Buenos Aires un curso libre de *Historia de la Edad Media* y se atestigua que el Rector Juan María Gutiérrez, infructuosamente, quiso agregar *Historia Moderna*, no pudiendo lograrlo. Paulatinamente en esta época empieza a jerarquizarse los estudios históricos en su dimensión “científica”; sin embargo cuando se hablaba de “historia” se daba cuenta de temas eclesiásticos o a historia natural al influjo de las teorías darwinianas. La Historia comenzaba a tener difusión pública pero en los programas de estudio era prácticamente ignorada.

En 1881 se inician los estudios preparatorios con el objeto de crear una futura Facultad de Humanidades y Filosofía. Entre los numerosos cursos de Historia que allí aparecen se destacan las asignaturas “Antigüedades de Oriente y greco-latinas” y “Antigüedades americanas e historia anterior a Colón.” En este sentido Pablo Buchbinder (1997) da cuenta del vínculo existente entre la necesidad de transformación del sistema educativo y la creación de una Facultad de Filosofía y Letras dentro de la Universidad de Buenos

¹ En 1858 Mitre publica la *Galería de Celebridades Argentinas*, que es ampliada un año más tarde con la *Historia de Belgrano*. En 1876 aparece una tercera edición más completa titulada *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*.

² En 1881 Vicente Fidel López publica *Historia de la Revolución Argentina desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852*, iniciándose con este texto una polémica entre Mitre y López al respecto.

Aires. El primer plan de estudios, orientado a la formación de profesores, incluía un curso de “Civilización Antigua” en primer año, “Historia Moderna” en segundo, “Civilización Americana” en tercero y de “Historia Argentina” en cuarto.

Hacia 1861 la secuenciación de los estudios históricos en la educación secundaria fue pensada invirtiendo la cronología, con cierta influencia de la interpretación whig de la historia, de los tiempos más actuales a los más remotos: “Historia de América y de la República”, en primer año; “Moderna de Europa”, en segundo; de “Grecia y Roma”, en tercero; “Antigua”, en cuarto; en el último año, se dicta un “Resumen de Historia Universal y Filosófica”, que parece dejar explícita la conciencia de tipo universalista que se persigue a lo largo de toda la currícula. La escasa importancia que pareciera asignarse a la Historia Nacional refuerza esta idea. Sin embargo, la oleada inmigratoria genera una ruptura a fines del siglo XIX y se robustece el papel fundamental de la Historia en la construcción de la identidad nacional. Los peligros de disolución que derivaban de la diversidad cultural de la población, causado por el aluvión inmigratorio, y la cada vez mayor gravedad que adquiría la llamada “cuestión social”, permitieron alcanzar el consenso necesario dentro de la elite gobernante para que la Historia nacional adquiriera un espacio curricular significativo en los programas escolares, que determinarían luego la construcción de una liturgia y un panteón de héroes patrios destinada a “argentinar” una población de origen heterogéneo. Dicho proceso fue concomitante con la organización del país y la constitución de los Estados Nacionales. El relato construido acerca del pasado que comenzó a enseñarse desde entonces tuvo un claro sentido político: dotar de legitimidad al Estado y a la sociedad nacional que se estaba construyendo. Asimismo los contenidos de la historia universal enseñados en los colegios secundarios, situaron la historia nacional dentro de la historia de la civilización occidental europea y, precisamente, con relación a los procesos de constitución de los modernos estados nacionales, de ahí la importancia que se le otorgó a las ideas de “civilización”³, “modernización” y “progreso”. En 1904, Antonio Dellepiane profesor titular del primer curso de “Historia Universal” en la Facultad de Filosofía y

³ No podemos eludir en este sentido el pensamiento de Domingo Faustino Sarmiento, quien publicó en 1845 *Facundo o Civilización y Barbarie en las pampas argentinas*, en la cual Facundo Quiroga es retratado como salvaje y opuesto al progreso dado su rechazo hacia los ideales culturales europeos, que son representados por la sociedad metropolitana de Buenos Aires, siendo el tópico de todo el libro la oposición entre la Civilización –representada por la cultura occidental europea, la ilustración y el progreso científico-tecnológico- y la Barbarie -definida por la cultura hispánica y el caudillismo postcolonial-.

Letras, divide la enseñanza en dos partes, una de las cuales trata de metodología histórica, a tono con la búsqueda de científicidad de la disciplina, mientras que la otra analiza *“la política exterior de la Europa Contemporánea”* (UBA, 1904, p. 285). Un año más tarde la segunda parte trata de la historia de los partidos políticos en el mundo occidental. (UBA, 1905) Es interesante entonces notar en este programa que cuestiones tales como la definición del concepto de “civilización”, la mención a las “causas y leyes en la historia”, y el “carácter de los pueblos”, así como la exhaustiva caracterización metodológica, exponen una clara posición científicista.

Por otra parte comienza a notarse la profesionalización de la historia, que empieza a quedar en manos de historiadores⁴, en un contexto donde el estudio del pasado nacional intentaba configurar una identidad argentina, que se esperaba alcanzar mediante la “educación patriótica”.

2. Los inicios de una Historia para la Arquitectura: bajo el influjo del positivismo

Hasta la creación de la Escuela de Arquitectura en 1901, en la formación de los arquitectos no existía “Historia” como asignatura, dado que la carrera era hasta ese entonces un título intermedio de ingeniería. A lo sumo, en el primer curso de la materia “Arquitectura”, a cargo de Joaquín Belgrano, se incluye, en 1896 entre sus contenidos unas bolillas de historia de la arquitectura y algo de teoría. (UBA, 1896) La omisión no es casual sino que responde a aquel espíritu expresado por Juan Bautista Alberti de fomentar una enseñanza utilitaria, sumado a aquella impronta politécnica y positivista de los primitivos estudios de arquitectura. Vale también observar que en 1888 Juan Martín Burgos, profesor de “Arquitectura”, no menciona ninguna referencia histórica en el programa de la asignatura, (UBA, 1888b, pp. 419-423) que se destaca por un enfoque “funcionalista” a la manera de Guadet (elementos de arquitectura; elementos

⁴ Recordemos al grupo de hombres al que Juan Agustín García había calificado como miembros de la *Nueva Escuela histórica*, entre lo que se encontraban Luis María Torres, Emilio Ravignani, Diego Luis Molinari, Rómulo Carbia, Ricardo Levene, Narciso Binayán, quienes influenciados por la metodología alemana, buscaban sobre todo abordar la historia nacional más allá de la revolución de mayo, y al mismo tiempo, realizar la tarea de rescate, crítica y edición de fuentes históricas que contribuyeran a conformar la “verdad” histórica. Si bien la mayoría de ellos no tenían una formación específica fueron los fundadores de la profesión de historiador, creando para este fin diferentes espacios institucionales como la Sección de Investigaciones Históricas creada en 1905 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (Ravignani fue su director a partir de 1920 y se convirtió en Instituto en 1921); y La Junta de Historia y Numismática Americana creada en 1893 (Mitre fue su 1º presidente, y Levene desde 1927) que se convirtió en Academia Nacional de la Historia en 1938. El estudio de la Historia para estos historiadores tenía como finalidad “obedecer al profundo amor de lo propio, el vínculo sagrado con la madre tierra, que une al hombre de su nacimiento. (Levene, 1961, p. 14)

de composición: salas, patios, escaleras; edificios públicos: de seguridad, salud, administración, de instrucción, de magnificencia, edificios privados), considerando, por otra parte que el propio Burgos había publicado en 1880 un estudio sobre “La Arquitectura en Buenos Aires”⁵ que, aun vagamente, tiene un cierto enfoque histórico. De modo que, en 1901, cuando se intenta un giro *Beaux Arts* en currículum de la carrera, la *Historia* aparece específicamente en el plan de estudios. En el primer curso se informa que se estudiará “*Egipto, Asiria, Fenicia, Hebrea, Grecia, Roma y Bizancio*”, y en el segundo nivel se especifica que se tratará “*Estilos románico, gótico, renacimiento y moderno. Nociones de estética. Historia del arte*”. (UBA, 1902, pp. 52-53; Chanourdie, 190, p. 405) El profesor a cargo de la materia es el Ing. Arq. Pablo Hary, quien se desempeñará “ad honorem” durante cuatro años, lo cual expresa lo aparentemente accesorio de la asignatura en la FCEFyN. En 1907 cuando Hary pase a ocupar el mismo lugar en *Teoría de la Arquitectura* será reemplazado por el arquitecto suizo Jacques Dunant y por el Ing. Arturo Prins. Posteriormente Dunant regresará a Europa y, por una década, Prins asumirá ambos cursos (UBA, 1914).

3. El porqué de la enseñanza de Historia en los inicios de la Escuela

La inclusión de “Historia” en el currículum de la carrera, creemos, obedece a diversas razones: En primer lugar al creciente prestigio de la disciplina; en segunda instancia a la necesidad de separación de los estudios de arquitectura de los de ingeniería definiendo al graduado arquitecto como un sujeto refinado, culto y con buen gusto, distinto del pragmatismo técnico y del perfil científico-tecnológico del ingeniero; y en tercer lugar a la consideración de la historia como la fuente de todos los estilos del cual debería abreviar un arquitecto al encarar un proyecto. Y el cuarto motivo, que servía para justificar la materia y silenciar cualquier posible crítica, era que la Escuela de Bellas Artes de París, modelo al que quería asemejarse Buenos Aires, tenía efectivamente

⁵ “La Arquitectura en Buenos Aires”, conferencia brindada en la Asamblea de la Sociedad Científica del 16 de abril de 1880 en *Anales de la Sociedad Científica*, Entrega V, Tomo IX, mayo de 1880, pp. 193-207. Especifica su postura en dicho texto: “*La historia de un arte o de una ciencia es muy útil para su conocimiento más profundo, pero creo que es solamente materia de erudición y, por lo tanto, no pudiendo ni modificarla ni hacer innovaciones, se puede prescindir de ella...*” Y luego agrega: “*Partidario como soy del progreso en todas sus aplicaciones, creo que nada en las sociedades modernas debe ser inamovible, que el lugar que hoy ocupa un templo o palacio, debe ocuparlo mañana una estación de ferrocarril....*” (Burgos, 1880, p. 13)

como materia “Historia”. En París no sólo había conferencias –clases magistrales- de la asignatura, sino que además, a partir de 1883, los estudiantes debían realizar dentro de las evaluaciones de la carrera un “concurso” sobre historia que era conocido por los alumnos bajo la denominación de “Arqueología”. Richard Chafee (1977) supone que entre 1880 y 1990 dicho concurso había consistido en uno o dos dibujos de un edificio griego o romano, y a partir del siglo XX croquis de una obra medieval o del renacimiento francés.

Por otra parte, para dar cuenta de aquel otro pensamiento finisecular, de fuerte presencia en los institutos politécnicos, recurriremos a los dichos de Henry van de Velde (quien anticipaba afirmaciones posteriores de Le Corbusier), donde se despreciaba todo aquello que no fuera pura racionalidad al afirmar que: “...*los ingenieros propagaron la exigencia moral de mantenerse apartados de la estética y de ocuparse, ante todo, de los problemas técnicos de la construcción y las exigencias de la utilidad.*”. (Van de Velde, 1959, p. 78) (Behrendt, 1959, p. 68) A esto se oponía la tradición *Beaux Arts* que requería de la erudición estilística que proporcionaba el estudio de la historia. Al igual que en otras asignaturas, los profesores de “Historia” utilizaran las publicaciones especializadas para dar a conocer temas de su especialidad y para prestigiar su enseñanza. En este sentido Arturo Prins (1915a, 1915b, 1917, 1925a, 1925b, 1925c, 1925d, 1926a, 1926b, 1926c, 1926d)⁶ recurre frecuentemente a la *Revista de Arquitectura*, en donde es posible observar el enfrentamiento tácito, silencioso, pero discreto, entre diversas posturas historicistas, que disfrazan sus preferencias estilísticas en una aparente objetiva exposición histórica.

Cabe entonces recordar que hasta este momento la educación estaba notoriamente influida por el paradigma positivista, el cual comienza a conformarse a través de una idea genérica de progreso, expresando por la mentalidad de las clases altas enriquecidas y las clases medias en ascenso. La educación, interpretada como sinónimo de cambio social, será uno de los instrumentos a utilizar para alcanzar estas metas prefijadas. No obstante, su mayor propósito consistirá en transformar las costumbres de la sociedad, modernizándolas –o lo que es lo mismo: “europeizándolas”-

⁶ En las primeras publicaciones Prins no recurre a imágenes, sí lo hace en las siguientes.

con la intención de ir incorporando a los criollos y a las nuevas masas de inmigrantes en una síntesis amalgamada dentro de un proyecto de nación.

Asimismo, la “civilización” fue concebida por los positivistas argentinos como el triunfo del esfuerzo personal manifestado en la riqueza obtenida por medio de la explotación agro-industrial.

Extrapolando esta concepción, la historia de la arquitectura –en su interpretación whig nativa- también es entendida como una historia evolutiva hacia el progreso y el triunfo de ciertos ideales. Es por eso que la secuencia de hechos que son considerados parte de la historia sólo puede hacerse a partir de olvidos y omisiones.

Por otra parte, si la arquitectura en el sistema *Beaux Arts* es considerada una de la artes mayores, la historia de la arquitectura no será otra cosa que un capítulo de la historia del arte, manteniendo en ese entonces una mayor separación de la historia social y política. De manera tal, que el creciente prestigio en ámbitos intelectuales –y gubernamentales- de la Historia como disciplina no afectará a la posible producción historiográfica de la arquitectura, dependiendo ésta del desarrollo de una historia del arte local, y éste –al fin y al cabo- de la producción artística autóctona, en un contexto donde el modelo de pensamiento imperante alterna entre la valorización de un lenguaje clásico universal, generalizable, formulado a través de leyes y reglas, y la búsqueda creciente de aspectos que permitan la definición de una identidad nacional. Es por ello que hay más esfuerzos en fomentar una producción artística que en establecer un relato histórico de la misma.

Por consiguiente, ante esta “ausencia” de producción local que mereciera ser registrada y catalogada, la historia de la arquitectura en la Argentina tiene que ser inventada como una continuidad natural de la arquitectura europea, configurando una imagen canónica sobre un conocimiento de fondo no problemático, indiscutible y no falsable, sobre el que asienta esta secuencia narrativa.

De modo que, a tono con esta ideología de base positivista, cuya matriz cultural proviene de Francia, “Historia” se constituye en una historia que toma como principal origen la arquitectura grecorromana, continúa exaltando el racionalismo gótico, se extiende en el Renacimiento italiano y confluye en el neoclasicismo francés. Esta selección y recorte le permite operar de manera tal que la arquitectura argentina de

comienzos del siglo XX debería - o desearía- ser vista como parte de este encadenamiento estético e intelectual. En este sendero es útil tomar el concepto formulado por Eric Hobsbawm de “tradición inventada”⁷ fenómeno que suele aparecer en los períodos de difícil transición, puesto que “*todas las tradiciones inventadas usan la historia tanto como pueden, como legitimadora de la acción y como aglutinadora de cohesión grupal*” (Hobsbawm; Ranger, 2005, p. 8) ante la amenaza de disolución social.

Vale, por otra parte, recordar que este enfoque positivista de la Historia de la Arquitectura se encontrará plasmado en los textos de autores extranjeros como Viollet le Duc, Choisy y Fletcher que constituyen la bibliografía de rigor, en donde es posible observar el estudio analítico de las obras. Pero esto es otra historia.

Bibliografía

Behrendt, W. C. (1959). *Arquitectura Moderna. Su naturaleza, sus problemas y formas*. Buenos Aires: Ediciones Infinito

Buchbinder, P. (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires: EUDEBA

Burgos, J. M. (1880). “La Arquitectura en Buenos Aires”, conferencia brindada en la Asamblea de la Sociedad Científica del 16 de abril de 1880. En *Anales de la Sociedad Científica*, Entrega V, Tomo IX, Buenos Aires, Argentina, mayo de 1880

Chafee, R. (1977). The teaching of architecture at the Ecole des beaux-arts. En A. Drexler (Ed.) *The Architecture of the Ecole des Beaux Arts* (pp. 61- 109). Cambridge: MIT Press.

Chanourdie, E. (1901). “La Escuela de Arquitectura” En *Revista Técnica* N° 124, 31 de marzo de 1901, Buenos Aires, pp. 403-405

Hobsbawm, E.; Ranger, T. (2005). *La invención de la Tradición*. Barcelona: Crítica

⁷ Por tradición inventada Hobsbawm “se refiere al conjunto de prácticas, regidas normalmente por reglas manifiestas o aceptadas tácitamente y de naturaleza ritual o simbólica, que buscan inculcar ciertos valores y normas de comportamiento por medio de la repetición, lo que implica de manera automática una continuidad con el pasado. De hecho, cuando es posible, estas prácticas intentan normalmente establecer una continuidad con un pasado histórico conveniente”. (Hobsbawm-Ranger, 2005, p. 8)

Levene, R. (1961) "Prólogo" en *Historia de la Nación Argentina: desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862*, Vol. 1, Buenos Aires: El Ateneo,

Prins, A. (1915 a). La Arquitectura Gótica. Origen y característica de la fórmula «gótica». En *Revista de Arquitectura. Órgano del Centro de Estudiantes de Arquitectura* N° 2, agosto de 1915, septiembre de 1915, pp. 5-6.

Prins, A. (1915 b). La Arquitectura Gótica. Origen y característica de la fórmula «gótica». En *Revista de Arquitectura. Órgano del Centro de Estudiantes de Arquitectura* N° 3, septiembre de 1915, pp. 9-10

Prins, A. (1917) La arquitectura gótica. En *Revista de Arquitectura. Órgano del Centro de Estudiantes de Arquitectura* N° 9, 1917, pp. 9-20

Prins, A. (1925 a). Las Catacumbas de Roma. Conferencia en el Instituto Popular de Conferencias. En *Revista de Arquitectura* N° 56, agosto de 1925, pp. 282-283.

Prins, A. (1925 b). Las Catacumbas de Roma. Conferencia en el Instituto Popular de Conferencias. En *Revista de Arquitectura* N° 57, septiembre de 1925, pp. 321-323.

Prins, A. (1925 c). Las Catacumbas de Roma. Conferencia en el Instituto Popular de Conferencias. En *Revista de Arquitectura* N° 58, octubre de 1925, pp. 365-366

Prins, A. (1925 d). Las Catacumbas de Roma. Conferencia en el Instituto Popular de Conferencias. En *Revista de Arquitectura* N° 59, noviembre de 1925, pp. 401-403

Prins, A. (1926 a). Las Catacumbas de Roma. Conferencia en el Instituto Popular de Conferencias. En *Revista de Arquitectura* N° 61, enero de 1926, pp. 31-32

Prins, A. (1926 b). Las Catacumbas de Roma. Conferencia en el Instituto Popular de Conferencias. En *Revista de Arquitectura* N° 62, febrero de 1926, pp. 73-75

Prins, A. (1926 c). Las Catacumbas de Roma. Conferencia en el Instituto Popular de Conferencias. En *Revista de Arquitectura* N° 63, marzo de 1926, pp. 113-114

Prins, A. (1926 d). Las Catacumbas de Roma. Conferencia en el Instituto Popular de Conferencias. En *Revista de Arquitectura* N° 64, abril de 1926, pp. 159-160.

Universidad de Buenos Aires (1888a). *Anales de la Universidad de Buenos Aires*, Tomo I, Año I, Buenos Aires: Imprenta de M. Biedma

Universidad de Buenos Aires (1888b). *Anales de la Universidad de Buenos Aires* Tomo III, Buenos Aires: Imprenta de M. Biedma

Universidad de Buenos Aires (1896). *Anales de la Universidad de Buenos Aires*, Tomo IX. Buenos Aires: Imprenta de M. Biedma

Universidad de Buenos Aires (1902). *Anales de la Universidad de Buenos Aires*, Tomo XV, Buenos Aires: Imprenta y Casa editora Coni Hermanos

Universidad de Buenos Aires (1904). *Revista de la Universidad de Buenos Aires* Año I, Tomo II, Buenos Aires: Imprenta Didot de Félix Lajouane

Universidad de Buenos Aires (1905). *Revista de la Universidad de Buenos Aires* Año II, Tomo IV, Buenos Aires: Imprenta Didot de Félix Lajouane,

Universidad de Buenos Aires (1914). *Revista de la Universidad de Buenos Aires* Año XI, Tomo XXVIII, Buenos Aires: Imprenta Coni Hnos

Van der Velde, H. (1959). "El papel de los ingenieros en la arquitectura moderna. En H. Van De Velde *Hacia un nuevo estilo*, Buenos Aires: Nueva Visión